

## **PRÓLOGO**

Aunque parezca una novela futurista, estas páginas no pretenden ser un relato de ficción, solo una expresión de deseo del autor, que intenta comunicar por medio de las experiencias de dos amigos, su particular concepción de nuestra naturaleza y su relación con en el universo insondable. Muchas citas y datos corresponden a hechos científicos comprobados. El desafío propuesto es voluntario, y su objetivo, poder aplicarlos a nuestra vida presente. Nuestro presente es el fruto de las semillas que sembramos en nuestro pasado. Las semillas de hoy serán los frutos de nuestro mañana. De nosotros depende cosechar y disfrutar de los mejores frutos.

Una mañana de domingo, seis años atrás. Sonó el teléfono.

— ¿Gabriel? ¿Qué Gabriel?

— ¿Te olvidaste de mí? Soy tu viejo compinche de la adolescencia. Nos conocimos en el grupo juvenil parroquial...

— Siiiií. ¡Cómo no recordarte! Contestó asombrado y jocoso Clement Anderson.

— ¡Gabriel, GabrielHowland!— ¿Cómo estás viejo? Que agradable sorpresa escucharte. ¿Pero dime, de dónde me hablas? ¿Cómo conseguiste mi número?

— Estuve mucho tiempo fuera de Inglaterra, por eso nos desconectamos; pero regresé hace unos meses. El número lo conseguí de la guía web de teléfonos. Debemos reunirnos. ¿Dime, donde te encuentras?

— Por supuesto que sí, será una gran alegría para mí también. Respondió Clement. Vivo en el condado de Oxfordshire. Pásame el número de tu móvil y te envío las coordenadas de mi casa.

—Seguro. Tengo entendido que en Oxfordshire cuentan con una universidad vinculada a varias compañías relacionadas con la biotecnología. ¿Es así?

—Así es amigo. Pero, ¿A qué viene la pregunta?

—Es que aun, cuando no hayamos estado en contacto, he seguido con detenimiento tus trabajos en electromagnetismo.

— Así es Gabriel. ¿Pero a qué viene la pregunta?

—Te lo explicaré cuando nos reunamos. ¿De qué días dispones? ¿Es posible la semana entrante? ¿Digamos miércoles?

— ¿Podría ser el jueves?

— El jueves me parece bien. De todos modos Clement, te confirmo dos días antes. ¿De acuerdo?

— De cuerdo amigo. Ya cuento las horas Gabriel.

— Nos vemos pronto Clement.

## II

Esa mañana de jueves, la carretera estaba mojada, fruto de la densa niebla que dé a ratos le dificultaba la visión. Gabriel maldecía porque le había marcado un horario a Clement y ya sabía que ya no podría cumplir. Eso lo incomodaba, era un obsesivo de la puntualidad, como buen inglés. Según lo indicado por el GPS faltaban como mínimo unas dos horas para llegar a la casa de su amigo en Oxfordshire. Hacía diez largas horas que conducía y salvo la gasolinera en donde había almorzado frugalmente y recargado combustible en su Austin Allegro, más allá de esporádicas paradas para beber café y atender necesidades fisiológicas, no se había detenido y sin mediar inconvenientes el GPS le indicaba que arribaría a las 7 p.m.

Mientras conducía, ojeaba su mapa cerebral y cavilaba sobre lo que podría ser el mayor descubrimiento que se haya hecho en toda la historia de la humanidad, pero era indispensable la colaboración de su amigo Clement.

Gabriel se había graduado en medicina en la Universidad de Universidad de Dundee, situada al

norte de Escocia, sin dudas, una de las mejores del Reino Unido, una vez graduado viajó a Alemania, para doctorarse en biogenética en la prestigiosa CharitéUniversitätBerlin.

Si bien hacía dos décadas que no se comunicaban, Gabriel estaba al tanto de la carrera de su amigo, al menos en el aspecto profesional. Gabriel sabía que Clement se había graduado en ingeniería electrónica en la UniversityCollege de Londres, y había completado un doctorado en bioingeniería en el Instituto Tecnológico de Masachuset, en los Estados Unidos. En ese país, Clement había conocido a su actual esposa Samantha, que lo alentó a quedarse en ese país, trabajando en el departamento de desarrollo bio-espacial de la NASA. Al morir su madre, los lazos afectivos que sostenían a Samantha en su país natal se debilitaron y encontró oportuno cambiar de aire, Samantha optó por radicarse en Inglaterra con su marido y sus dos hijos. Clement había escrito varios libros sobre teoría electromagnética y campos unificados, además de incursionar en el campo de la física de partículas.

Gabriel suspiró profundamente, no podía dejar de sustraerse por el cautivante paisaje de la campiña inglesa y sus aromas, distintos tonos de verdes tapizaban las suaves lomas, de tanto en tanto lo sorprendían en el serpenteante camino un puñado de antiguos caserones con sus típicos tejados terracota.

Realizó el último cruce del Támesis por el Wallingford Bridge, de tres arcos, con marcado estilo romano, según su Smartphone en modo GPS, la casa de su amigo ya se encontraba a media hora.

Al fin, *“You have reached your destination”*; espetó la metálica voz de su navegador.

—Uauu! clamó Gabriel al arribar a la vivienda de su amigo. La fachada era fastuosa, construida casi enteramente de piedra, matizada por rojizos ladrillos que ornamentaban con muy buen gusto las aberturas refinadas de la mansión. Poseía entrada de garaje para tres automóviles y un colorido jardín en el frente. Ni bien descendió de su coche, dos puertas se abrieron, la principal, compuesta de dos hojas con herrajes árabes que protegían hermosos vitroux con motivos florales y el portón de uno de los garajes, por el cual emergió apresurado un alto muchacho de unos 18 o 20 años, de cabello claro, largo y enmarañado.

— ¡Mi gran amigo Clement! Escuchó el vozarrón de su amigo al que veía descender ágilmente por los escalones de la entrada principal de rosáceas lajas.

— Es una alegría enorme, reencontrarme contigo querido Gabriel. Los amigos se estrecharon en un afectuoso abrazo.

— Deja el coche, mi hijo Stan lo guardará; llegaste justo para la cena.

Abrazados como hermanos, encararon hacia la entrada principal de la mansión. Clement levantó la vista y descubrió una hermosa mujer de unos 45 años.

— ¿Tu eres Samantha, no es cierto? Gabriel me comentó algo de ti cuando intercambiamos algunos e-mails últimamente.

—Un gusto enorme de recibir al mejor amigo de mi esposo, se apresuró a soltar Samantha con entusiasmada actitud.

—Es un milagro que me considere su mejor amigo luego de no vernos por dos décadas. Soltó con una risa Clement.

—Créeme Clement, a lo largo de estos años nunca dejé de admirarte y hablar de ti. Espetó Samantha.

Gabriel, un poco avergonzado por la sincera afirmación de su esposa, exclamó.

—Bueno, bueno, ya basta de halagos. Mi amigo viajó mucho y debe estar muy cansado, seguro desea un buen baño antes de la cena. Hay cordero con guisantes con salsa de tomate italianas, te aseguro que Samantha es muy buena cocinera y aprendió mucho de recetas locales— “casi” como mi madre—exclamó jocoso Gabriel.

Samantha, agitó negativamente su cabeza y sonriente se adentró a la cocina.

—Señor, sígame por favor, le indicaré el camino a su cuarto. Expresó una mujer de unos treinta años en función de mucama, pero que no vestía como tal, contrario a las costumbres inglesas.

Luego de presentar Gabriel a sus dos hijos, la cena transcurrió de manera muy amena, la familia “soportó estoicamente” algunas anécdotas juveniles de los amigos. Cuando hubo concluido, los comensales se retiraron, los chicos un poco aliviados de la personalizada tertulia, saludaron con el acostumbrado “goodnight” y se retiraron a sus cuartos.

— ¿Creo que tienen otras cosas de que hablar, no es así muchachos? Espetó Samantha sonriendo.

— Hablaremos un poco. Soltó Gabriel, denotando cansancio.

—Entonces les deseo buenas noches y que descanses Gabriel.

— Pasemos a la biblioteca, debes estar muy cansado, en todo caso, nos tomamos un whiskey y mañana continuamos. Soltó Clement.



La biblioteca era amplia, señorial, cubierta de libros en sus dos paredes opuestas. Libros de física y química se acumulaban en vitrinas de cristal tallado. El centro se hallaba tapizado con una colosal alfombra en la cual se hallaba representado el sistema solar completo.

Clement se dirigió a un pequeño mueble de dos hojas de madera tallada, colocó una llave que extrajo de su escritorio, extrajo un par de vasos de cristal y una botella de Balblairde 15 años.

—No bebo mucho, pero por los viejos tiempos, nos merecemos un brindis. Exclamó Clement.

— Por los viejos tiempos. Contestó Gabriel, levantando su vaso, acomodándose en una de las mullidas poltronas de cuero color tabaco.

Gabriel, rompiendo el hielo, comenzó.

— Clement, como ya debes saber, hace casi una década que me dedico a las investigaciones vinculadas al comportamiento celular y si bien he tenido extraordinarios avances, que luego te comentaré, hace un tiempo llegué a la conclusión de que me encuentro en un punto muerto. Haciendo una pausa, agregó. Clement, necesito tu ayuda.

—Leí tus publicaciones. Son muy interesantes y más aún por el noble objetivo que persigue. Pero debes explicarme cual sería aporte.

— No es tan fácil amigo, no solo es cuestión de tus conocimientos en el campo de la física del electromagnetismo y de partículas, que desde ya es basto, también se necesita de contactos que no poseo.

— Ya veo. Expresó Clement, levantándose y dejando la copa vacía en su escritorio.

— Clement, sé que dispones de relaciones importantes con empresas internacionales de tecnología y de muchas universidades que podrían interesarse en patrocinarnos.

— “Genio no es el que hace el cuadro, sino el que logra venderlo”. Soltó jocosamente Clement.

—Siempre te consideré “un genio” amigo. Expresó graciosamente Gabriel.

— Pero bueno, primero debes explicarme en qué consiste tu proyecto y veremos después que pasos seguir. ¿Te parece?

— Me parece razonable, Clement.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

